

# LIBROS

**Marina Garcés**

LA PASIÓN DE LOS EXTRAÑOS.  
UNA FILOSOFÍA DE LA AMISTAD

**César Aira**

LA SALA. UNA NOVELA FRANCESA

**Mónica Nepote**

VESTIGIOS DE UN MUNDO POR VENIR

**Fernando**

**Escalante Gonzalbo**

PERPLEJOS Y DESCARRIADOS. ESPERPENTO

**Merilee Grindle**

A LA SOMBRA DE QUETZALCÓATL.  
ZELIA NUTTALL Y LA BÚSQUEDA  
DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES  
DE MÉXICO

**Pablo Sol Mora**

LA SABIDURÍA DEL CORAZÓN. BIOGRAFÍA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE

## ENSAYO

### No hables con extraños

por **Roger Bartra**



**Marina Garcés**  
LA PASIÓN DE  
LOS EXTRAÑOS. UNA  
FILOSOFÍA DE LA AMISTAD  
Barcelona, Galaxia  
Gutenberg, 2025, 184 pp.

Marina Garcés, la admirable filósofa catalana, nos recuerda esa orden preventiva que reciben de sus padres los niños: ¡nunca hables con extraños! Los extraños son una posible amenaza, el peligro de una agresión sexual o un secuestro. Se trata de un riesgo que puede venir de un desconocido. Garcés aprovecha la imagen de esta amenaza para apoyar su propuesta provocadora: la amistad no solo depende de cometer la transgresión de hablar con extraños, sino además de la aventura de descubrírnos y hablarnos como extraños. La filósofa va contra la antigua corriente originada en Aristóteles que persiste hasta nuestros días y que asume que la amistad verdadera está asociada a la virtud y solo aparece entre personas de bien.

La Ilustración consagró esa visión: Voltaire en su *Diccionario filosófico* afirmó que la amistad es un contrato tácito entre personas sensibles y virtuosas. Garcés, por el contrario, defiende la idea de que la amistad es una relación social extraña porque no genera ninguna forma institucional ni una peculiaridad legal. No existe ese contrato que imaginó Voltaire, quien además lo pensó solo como una vinculación entre hombres. El filósofo francés concluyó que la amistad entre los hombres griegos (no las mujeres) la prescribían la ley y la religión, pero que desafortunadamente las costumbres toleraban la sodomía, un abuso indigno que no debe imputarse a la ley. ¡Qué lejos está Voltaire de nuestros tiempos!

La brillante reflexión de Garcés nos lleva a comprender que, si bien la amistad está libre de contratos y legislaciones, puede quedar atrapada en un marco conceptual jerárquico y androcéntrico. La amistad está condicionada por normas sociales y valores que retoman la antigua idea de que solo es auténtica la amistad entre personas libres que se aman por su virtud. Marina Garcés opone a esta vieja idea su propuesta: la amistad no sería el amor a la virtud del otro, sino la pasión hacia su extrañeza. Como la amistad

carece de una razón de ser precisa, los amigos tejen vínculos extraños. Por ello, dice Garcés, la amistad “es siempre una historia inacabada, un encuentro casual que desvía el curso de los acontecimientos y que redefine las necesidades y las trayectorias vitales de quienes se disponen a encontrarse”.

Su idea central consiste en entender la amistad como la necesidad de acercarse a lo extraño de los demás y de nosotros mismos. ¿Qué hace extraño al extraño? Es lo que aparece fuera de lugar. Aquí la autora abre la puerta hacia el abismo, pues la amistad invoca a lo raro como fuente de temor e inquietud al ver que alguien se aparece como una persona diferente a la que creíamos conocer. Garcés se refiere a este efecto inesperado con el término freudiano *unheimlich*, de difícil traducción: lo misterioso, lo aterrador, lo inquietante. Es como descubrir lo demencial en cada uno, aquello que carece de función y de lugar. En este punto nos recuerda que la democracia ha sido pensada como un orden social y político que hace posible la confianza entre extraños, impulsa a la gente a formar refugios de amigas y amigos que buscan afinidades y quieren parecerse “para sentirse a salvo de lo incomprendible del estado actual del mundo”.

Más adelante Garcés nos lleva a terrenos más esperanzadores, cuando explica que los amigos no son la aventura, sino los que hacen posible vivir aventuras y que muestran que otro modo de vida es posible. Esa otra manera de vivir, cree Garcés, es hacer de la soledad una forma de vida compartida. Por ello afirma: “la amistad sería, así, esa forma de vida, sin función y sin institución, y al límite de cualquier justificación, que nace como una invención de la soledad”.

Para Garcés la amistad es una pasión, es decir, una atracción fuera de toda medida por alguien. Ello acerca la amistad al amor, como ocurrió en el ejemplo que pone Garcés: el de la relación legendaria de Paul Celan e Ingeborg Bachmann, dos poetas que nos dejaron una extraordinaria correspondencia que revela la pasión que los unió. Garcés observa que Bachmann llegó a Celan como *fremde*, como extraña, y así se mantuvo siempre. Pero la pasión de la amistad no es como la que enlazó a Ariadna con Dionisos o a Isolda con Tristán, para mencionar dos grandes mitos sobre el amor en Occidente. Para alguien tan poco apasionado como Kant la pasión era una atracción con poder cognitivo, que es algo más cercano a la amistad que al amor erótico pasional. Podemos comprender que la frontera entre estas dos pasiones, la amistosa y la amorosa, no es muy clara ni definida. Garcés insiste en que la pasión liberada de su sexualización genera esa atracción por los extraños que ella analiza. Hay que recordar que en la cultura popular el amor con mucha frecuencia comienza como una relación entre extraños. Un ejemplo es la canción “Strangers in the night” interpretada con inmenso éxito por Frank Sinatra, compuesta y cantada originalmente en croata en 1966 por Ivo Robić (“Stranci u noći”).

Hacia el final del libro reaparece la veta triste de quienes han invocado la amistad como recuerdo tras la pérdida de un amigo. La nota oscura surge de nuevo: “la certeza de que, en un

momento u otro, acabamos cayendo en el pozo de la indiferencia”, sin amigos que nos recuerden y perdurando, si acaso, a través de documentos escritos. La desaparición de las comunidades de amigos es inevitable. Pero mientras estamos vivos la amistad nos hace sentir, dice Garcés, que existimos para otros y con ellos tejemos una imaginación afectiva que nos enseña a descubrir el mundo. Su libro es al mismo tiempo dulce y amargo. Su lectura nos deja un sabor agri dulce muy atractivo pero inquietante. Es un ensayo brillante y creativo, muy bien narrado, que enlaza la antiquísima epopeya del salvaje Enkidu, el extraño amigo de Gilgamesh, con la estupenda película *E.T.* de Spielberg que cuenta la amistad de un extraterrestre con un niño, Elliott. En ambos casos la amistad se rompe, pues Enkidu muere y el extraterrestre abandona la Tierra. Estos dos polos sostienen el eje central de la idea que desarrolla Garcés, la amistad como la pasión de los extraños. Un gran libro que hay que leer. ~

**ROGER BARTRA** (Ciudad de México, 1942) es antropólogo, sociólogo e investigador emérito por la UNAM. Su libro más reciente es *El oficio de ser extranjero. Reflexiones sobre el viajar* (Anagrama, 2026).

## NOVELA

# Duras y Benjamín, según Aira

por **Wilfrido H. Corral**

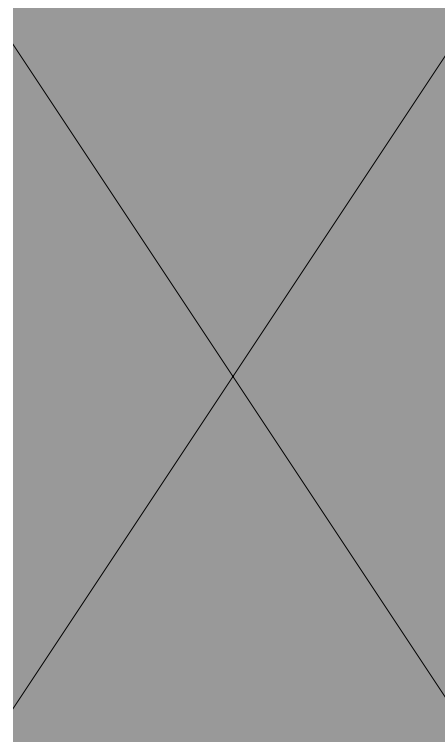


**César Aira**  
LA SALA. UNA NOVELA  
FRANCESA  
Barcelona, Random House,  
2026, 96 pp.

Se pierde credibilidad avalando, reseña tras reseña, que César Aira escribió *La Sala* en francés, que después la tradujo él mismo al español, que

la publicó Les Éditions de Minuit, o que se inspira precisamente en las innumerables “novelitas” de aquella editorial. ¿Novela francesa? No. Pese a guiños estructurales o temáticos, esta no es una “novela francesa” del mismo modo que el subtítulo “Novela de ciencia ficción” no define a *El juego de los mundos* (2019). Fiel a su “procedimiento”, el escritor desautorizó esa candidez en una entrevista para *La Vanguardia* (1/V/2026). Su fecundidad y brillantez impiden escribir críticas inspiradas u originales con excesos equiparables.

Sin un trasfondo social cómodo que diluya la autenticidad de sus ficciones (como en *La luz argentina* y en *Prins*, donde satiriza a las clases altas y el poder), Aira convierte —rozando lo creíble— a un electricista desempleado en su narrador letraherido e inexperto, al modo de Varamo en la novela del mismo nombre o de Perinola en *Parménides*. Si *La Sala* fuera reciente, y no de 1996, se diría que critica la uniformidad tecnológica de la inteligencia artificial, las implicaciones socioculturales de la emigración a



Occidente o la manera en que la historia usurpa una multitud de decisiones tensas. ¿Haberla fechado el “3 de junio de 1996” significa que Aira cocina a fuego lento (como habría hecho con *Lugones* y *La liebre*), sin lastrar las intenciones cabales, aunque diga que “no corrige” para no esterilizar lo escrito? Sin embargo, en esta novela Aira no culpa al tecnocapitalismo ni ofrece teorías de dependencia digital por la explosión de las crisis actuales; su pensamiento es de otro siglo.

Mientras algunos coetáneos evitan la cancelación —simulando ser díscolos, novelizando malabarismos wikipédicos carentes de conceptos, o “cocacolonizando” el pensamiento— Aira asume que los dilemas ficticios consienten toda clase de artillería discursiva, y que alguien saldrá herido. En él las anécdotas inanes, los episodios prescindibles y los artificios de novelas extensas son razonamientos para un armazón mayor, lo que le permite definir su mundo particularísimo, no sin lograr escenas de alta comedia: el encuentro con el viejo Armand, “el primer y único coreano francés”, cuya tesis (un documental titulado “Cine y vida” sobre monumentos funerarios) tiene que terminar el narrador; o su ansiedad como corrector de pruebas de una edición de *Fedra* de Racine y a la vez como iluminador de la torre Eiffel para el Año Nuevo.

Aira usa diálogos trepidantes, efectos secundarios, equivocaciones, golpes de efecto, pausas dramáticas y remates sobre la “realidad”, para recalcar su disgusto por las “descripciones circunstanciales” y el psicologismo. Pero hay que descentralizarlo —descreer que sus narradores ficticios no son enteramente imaginarios, no especular sobre qué lee, enseña, consulta o critica, o dejar de asumir que es la retaguardia de alguna vanguardia— para concebir las historias profundas y continuas que transmite. Durante una crisis nerviosa el electricista opina: “No hay cosa más incómoda que entrar en un estado de desconfianza

de la percepción propia.” Si en *La Sala* hay trama (algo que rechazó Duras, quien tampoco quiso ser una *nouvelle romancière*), es una en la que los personajes buscan información ambigua, como Lin, la joven amante coreana de otros personajes y del narrador, que quizá se llama Iván, y con quien quizá tuvo una relación sexual mecánica. Aira es un guionista de diálogos absurdos y de movimiento, que deja a sus personajes dar cuerpo a una idea idiosincrática de lo que son.

En aquella entrevista, el argentino afirma haber releído a Duras a manera de homenaje, al tiempo que explica el origen autobiográfico de su relato (“la nostalgia de la vida bohemia que no viví”). Cuando uno de los asistentes de la Sala lo saluda, el electricista dice: “me pareció que era Marguerite Duras. ¿Por qué no? Sus películas tenían cierta afinidad con las que pasaban aquí”; sin embargo, descubre que, en realidad, aquel asistente era Armand, un profesor de biología que más tarde fallece. Al pasaje le siguen comentarios con estereotipos acerca de los asiáticos, los negros y los viejos, por lo que no puede decirse que el narrador sea aliado de la diversidad, la equidad y la inclusión. La de Aira no es una réplica de la *écriture courante* —minimalista y subconsciente— de Duras, sino una tergiversación del aburrimiento y la intimidad claustrofóbica de obras como *L’amant* (ambientada en Indochina) o del guion para el filme experimental *Le camion*, que Aira quizá vio.

Entre opiniones sobre los coreanos que “habían elegido el cine como realidad segunda, y funcional”, sexismo, misoginia y digresiones acerca de filmes, los discursos de *La Sala* revelan el auténtico placer de narrar, no falta de disciplina. Entre otras divagaciones, el narrador se cuestiona si ser proletario le permite ser escritor y qué significa serlo, amén de mencionar a Duras como alcohólica y madre descuidada (según admitió ella misma); “pero como no se trataba de calificar

virtudes domésticas sino de esclarecer qué era exactamente un escritor, es un buen ejemplo por los libros que ha escrito y publicado”. Aira alude al Walter Benjamin de “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” y “El narrador”, que ya había discutido en su ensayo “Esquema para una representación del *Fausto* de Goethe” (1988), para retomar la idea de que quien pasa por la muerte personal [sic] la convierte en experiencia íntima, desafiando la supervivencia biológica.

El libro también replantea tópicos de Benjamin sobre el aura fílmica y la realidad: el narrador discute los “cuasifilms” proyectados en la Sala, los coreanos serían el nuevo espectador benjaminiano que concibe una obra de arte colectivamente, condición afín al pensamiento del narrador sobre la emancipación del obrero y su relación con las obras de arte, al grado de preguntarse: “¿Cuál es la célula, la medida mínima, en la que se puede evaluar la calidad de un arte?” Además, hay un parentesco benjaminiano en su cuestionamiento de las nuevas técnicas para corregir textos, junto al de Aira contra el pensamiento programático. La última frase de *La Sala* es: “Entonces mi diario, ese cuaderno del que todavía seguía escribiendo en la última página, terminaría siendo el guion de una película de hechos reales, y yo habría culminado la migración de la clase de explotados a la de los escritores.” En su lógica, se puede permitir, y aun celebrar una obra, con tal de que pueda ser absorbida en un marco actual de entendimiento.

Aira acepta la duda, la incertidumbre y el misterio, sin buscar certeza o explicaciones racionales, aunque sus personajes las persigan, huyan hacia adelante, pretendan resolver lógicamente los conflictos o imponer una moral. Excediendo de manera patente esa fuga, las siete secciones del libro se sumergen en la realización física de la experiencia con un esmero perturbador. Dominando el relato, lo asfixia,

desafía, provoca y recarga. Denso en su planteamiento, acaso francófilo en su raíz y florido en sus resultados, no pierde a sus “lectores de lujo”. Y como bien elucida Soledad Iriarte en su reseña para *El Dilettante* (28/1/2026), “se superpone la anomia de una crítica que continúa reivindicando como novedad los restos de una obra que hace tiempo transita el agotamiento de sus postulados”. Si es incapaz de finiquitar sus relatos, solo Aira y su pozo de sabiduría pueden convertir *La Sala* en arte. ~

**WILFRIDO H. CORRAL** es crítico literario. Actualmente prepara el libro *César Aira. A compact reader* al lado de Antonio Villarruel.

### ENSAYO

## Disidencias de autoconsumo

por **David Medina Portillo**



**Mónica Nepote**  
VESTIGIOS DE  
UN MUNDO POR VENIR  
Ciudad de México, Festina  
Publicaciones/Secretaría de  
Cultura/Gobierno del Estado  
de Jalisco, 2025, 172 pp.

Comencemos por el final, el índice integrado por seis secciones que, a su vez, registran los reinos materiales e inmateriales, orgánicos e inorgánicos de los que se compone este libro: 1. Estratos, 2. Alas y patas, 3. Cortezas, 4. Afluentes, 5. Territorios, 6. Vestigios. Asimismo, al final del volumen, justo antes del índice, Mónica Nepote reproduce dos *screenshots* de sus posts en redes sociales. Estas capturas de pantalla (texto-imagen) son, en realidad, las semillas del proyecto. Transcribo íntegra la primera de ellas: “Pensar con... pensar en los muchos libros, el libro, la tecnología, (naturaleza), las formas de existencia, los dispositivos, la lectura, las interfaces, el texto-imagen, el cuerpo, la cuerpo, lxs cuerpoxs, el lenguaje, la lengua, los hongos, las plantas, lxs animales, eso.”

En seguida un segundo post aún más explícito: “Un largo ensayo de comunicación interespecie, uno de ríos, otro más breve de montañas y textos sueltos sobre plantas, hongos, imágenes de caminatas, audios... ¿puede ser eso un libro?”

Por supuesto, la llave se halla expuesta, a la vista de todos: este libro es —o quiere ser— un “largo ensayo de comunicación interespecie”. La autora no pretende complicarse ni complicarnos la lectura, de modo que cuando dice “ensayo” no alude a la vasta tradición del género inventado por Montaigne con la intención de contrariarla o enriquecerla, sino solo a la acepción elemental de prueba y tanteo despojados de todo propósito que no sea eso, un ensayo. Lo que se registra es el trayecto, el paso y el paseo de la escritura dando por sobreentendido que todo es texto, todo dice “algo”, incluso la anotación casual. En este sentido, en *Vestigios de un mundo por venir* hay anécdotas, testimonios, poemas, confesiones, sueños, memorias, especulaciones, introspecciones, citas y glosas, imágenes y grafías, etc. Sobre todo, hay una poética que podría ser, asimismo, una ética.

Lo decisivo parecería radicar en la incógnita abierta por la “comunicación interespecie”. Todo se comunica con todo. El micelio del subsuelo es un lenguaje tan elocuente como el “mensaje” del *vermilion flycatcher*, el pájaro cardenal que aparece en una de las anécdotas centrales de *Vestigios de un mundo por venir*. Aunque, claro, si todo es texto y todo dice algo, las cosas comienzan a aclararse. Según Nepote, la tierra es muchas voces: los lenguajes no humanos de los animales y los árboles, de las piedras y el agua, del cielo y el subsuelo, etc. Literalmente, la montaña tiene (o es, más bien) una “narrativa” y su elocución prepara el escenario para un “Manifiesto de la paloma migratoria”, por ejemplo.

El almacén del que se abastecen estas ideas se halla en el poshumanismo ecológico y sus derivados múltiples,

de Donna Haraway a la colapsología de Pablo Servigne y Raphaël Stevens, pasando por el cruce no solo previsible de la ecología y el feminismo sino del encuentro desconcertante de saberes ancestrales y teorías críticas, tecno-chamanismo y gramatología, ufología y *deep ecology*, solastalgia y retrotopía, arte contemporáneo conceptual y espiritualidad de masas, etc. Ahora bien, la miscelánea del poshumanismo puede parecer un caos pero tiene un denominador: su posmodernidad desbordante que, gracias a los radicalismos de los años sesenta y setenta y la posterior pandemia de neopopulismos, se ha vuelto la nueva normalidad, el sentido común de la academia, la literatura y el arte.

En este contexto la autonomía del arte es un chiste y nadie se atrevería a escribir un poema que no se explique por su contexto, mediante un discurso externo al poema mismo. Si el auge de las literaturas posautónomas exige que el texto se lea con base en criterios ajenos, se entiende que ninguno de ellos tiene que ver, necesariamente, con un juicio de valor estético (lo que sea que esto signifique). En efecto, ¿cómo leer un poema de *Las trabajadoras* (2024), su anterior libro?

Mi lengua es el hilo que otra mujer  
[tiñó.

Manos en agua caliente,  
hasta donde el cuerpo soporte.  
Hablo en respunte desde la tela.

Lo que a ti te protege  
a mí me aniquila.  
Soy esta cadena de producción  
litros de agua en tu cuerpo  
litros desecados en color  
tierra que se cansa

habla por mí.  
[“Dejar las marcas. Dejar mensajes”]

Evidentemente, el poema no reclama ningún reconocimiento formal en la medida que sabemos que se trata de

versos solo por el tono y los cortes prosódicos. Y si no hay nada relevante en este sentido, la atención se desplaza a cualquier otro lado, en este caso a las trabajadoras y su cláusula final: “habla por mí”. El problema del arte posautónomo es un dilema sin solución. En este caso, dar voz a los que carecen de ella prohíbe no ya el virtuosismo lírico, sino la más elemental distracción de estilo. Algo de eso le reclamaba Sartre, alto comisario de la literatura *engagé*, al autor de *El hombre rebelde*: Camus cometió el error de hablar de crímenes de lesa humanidad con la entonación de *les belles-lettres*, nada menos. Y es que, por regla general, la literatura comprometida es mala. Sin embargo, su batalla está en otra parte.

Vuelvo a lo mismo: ¿cómo leer este libro de Mónica Nepote, *Vestigios de un mundo por venir*? La lectura exige una aceptación previa, un asentimiento que no es estético, sino ético, moral. Porque, ¿quién se puede oponer a sus objetivos nobles?

Hemos andado lo suficiente como para saber que el paisaje es una construcción cultural, en transformación continua. Nuestro tiempo presente, determinado por la crisis ambiental, nos deja bien claro que los humanos no lo intervenimos, lo alteramos. Cortamos cerros para construir carreteras, desviamos ríos, rajamos la selva para construir un tren. Estas acciones nos hacen olvidar algo esencial: en un primer momento, el paisaje nos construye [“Del mar a la montaña”].

Ya lo dijimos, para el arte y la literatura posautónomos (variante posmoderna del vetusto arte comprometido) el interés está en otra parte, más allá de sí mismos. Se trata de una “poética” que es una ética y, a su vez, aspira a una política. Sin embargo, al extenuar la consigna setentera “Lo personal es político”, por ejemplo, suele vaciar de contenido el concepto mismo de lo político. La política restringida a

un problema de representación cultural (la disidencia como gesto simbólico), a una cuestión de lenguaje (las palabras no modifican la realidad, la sustituyen), al reconocimiento y la validación identitaria (la política como terapéutica, un espacio seguro), etc. Obsesionados por “lo político”, acaban en disidencias de autoconsumo: tendencias y nichos culturales protegidos por el circuito cerrado del arte, la academia, las instituciones educativas y de difusión privadas o públicas. Crean lo que sea que producen de acuerdo con códigos de expresión y de interpretación exclusivos, esto es: crean la obra y su crítica, su manual de lectura.

Como sabemos, la ecoliteratura produce conciencia sobre la devastación ecológica y la emergencia climática. Sin embargo, esa conciencia es inmune a la realidad inmediata y, en general, guarda una distancia que no sé cómo describir ni justificar. Igual que todo subproducto ideológico, vive enamorada de las abstracciones y, al menos en México, mantiene un silencio más que estridente sobre las políticas públicas. Previsiblemente, el culpable es el androceno o el tardocapitalismo, no el régimen que paga las ediciones. ~

**DAVID MEDINA PORTILLO** es poeta, ensayista y editor. Actualmente es *editor in-chief* de la revista bilingüe *Literal: Latin American Voices*.

## ENSAYO

# ¿El hombre? Un esperpento

por **Fernando García Ramírez**



**Fernando Escalante Gonzalbo**  
PERPLEJOS Y  
DESCARRIADOS.  
ESPERPENTO  
Ciudad de México, Cal y  
Arena/Universidad de  
Guadalajara, 2025, 254 pp.

Durante años, como lector de la revista *Vuelta*, lo primero que hacía al tener un nuevo ejemplar en las manos

era leer el artículo de Guillermo Sheridan. Nunca me defraudaba —satisfacción intelectual al instante, inteligencia y humor—. Del mismo modo, durante los últimos años, abría rápidamente el nuevo número de *Nexos* y buscaba la columna de Fernando Escalante Gonzalbo, que ahora reúne en el libro *Perplejos y descarriados*, integrado por breves artículos, históricos o culturales, que ponen su atención (como ocurre en la primera escena de *Terciopelo azul*) en lo que bulle debajo de lo que se cuenta: los intereses ocultos, lo que las apariencias esconden, la desnudez de los reyes investidos de Causas Inapelables o de Valores Eternos. Agudeza e ironía. Atisbos sociológicos que dejan muy mal parados a los hombres que retratan.

A quienes alguna vez hemos leído la brillante estrategia con que fue resuelta una batalla, la impecable defensa de una causa noble, la vida impoluta de un caudillo o de un santo, Escalante nos dice: señores y señoras, ¿se fijaron que el caudillo de los pobres usa calzado fino? ¿Que el discurso del demagogo ha provocado más muertes que beneficios? ¿Que a la famosa antropóloga que revolucionó su materia le mintieron sus informantes? Y es que debajo de la Historia se encuentra la pequeña historia, la que aparece en el margen de los libros y que Fernando Escalante fue por años espulgando de aquí y de allá, ahora reunida no con el fin de decírnos: Esto es el Hombre, sino de confesar, perplejo, que en realidad no sabe qué es el hombre, ese animal tan voluble, al que domina la imaginación, sus creencias, sus apetitos, sus deseos e intereses, y sí, también un poco la razón.

Hace un par de meses leí de Escalante Gonzalbo su *Historia mínima del neoliberalismo* (2015), una investigación en forma y exhaustiva, la brillante exposición crítica de uno de los movimientos ideológicos más influyentes del siglo xx. *Perplejos y descarriados* es lo opuesto de aquel libro.

No trata de demostrar nada, en varias ocasiones remata sus viñetas diciendo: “en todo esto hay una moraleja, pero no sé cuál”. Aunque agrupa sus textos en capítulos (“Gigantes y cabezudos”, “Los motivos del lobo”, por ejemplo) no intenta extraer al final de cada uno de ellos una conclusión o una tesis. Son viñetas sociológicas en el sentido de que nos hablan de cómo se organiza una sociedad, qué sueña o qué fantasmas rondan sus empresas. No pocos de sus textos hablan del poder, de cómo entre las autoridades y los individuos se encuentran los mediadores, que funcionan como correa de transmisión a cambio de alguna retribución o de una parcela de ese mismo poder, aunque en ocasiones estos mediadores, ante la incapacidad de la autoridad, ofrezcan soluciones inmediatas a los individuos, y estas soluciones resulten ser violentas o incluso crueles.

La política es la administración del poder. La política es la representación del poder. Todos recordamos la conmoción que causó la publicación de algunas caricaturas de Mahoma, primero en un diario danés y luego en un puñado de diarios europeos. Querían dejar en claro que en Occidente está permitida la crítica a los dioses. Hubo disturbios, en los países musulmanes agredieron embajadas y los tumultos terminaron con cientos de muertos. Todo por la libertad de expresión. Pero no se trataba solo de eso. Se trataba de dar presencia, corporeizar, a los fantasmales musulmanes que comenzaban a llegar a las capitales europeas. Estos fueron imaginados, convocados agresivamente, para poder hacer política con ellos. Lo que importa, subraya Escalante Gonzalbo, no son los hechos sino lo que estos representan. En 1534, en los Países Bajos, en vista de que se aproximaba el fin del mundo, los anabaptistas tomaron la decisión de exterminar a los infieles. Se organizaron matanzas espantosas en nombre de Dios. “Es una historia de hambre, terror, violencia y desesperado entusiasmo”, escribe Escalante, pero sobre

todo de “política en su estado de más terrible pureza”.

En algunos casos la política significa la negociación de un tratado de paz de extrema complejidad. En otros, se hace política exterminando. La violencia no es la negación de la política, sino una de sus manifestaciones más descarnadas. A Escalante le fascina la figura de Calígula. Le llama la atención que la gente lo adoraba. En su tiempo se decía que vivían “la era más feliz de la humanidad”. Lo creemos loco porque nombró cónsul a su caballo Incitatus. Pero no lo nombró, amenazó con nombrarlo, para retar e insultar a los patricios. “Si amenazó con hacerlo, habría sido precisamente porque no estaba loco: estaba haciendo política.”

El libro de Escalante lleva el subtítulo de “Esperpento”. Un término acuñado por Valle-Inclán con el que definió lo trágica a la vez que cómica que podía llegar a ser una sociedad. El hombre esperpéntico es un hombre ridículo, un desastre. El hombre que dibuja Escalante Gonzalbo es capaz de acciones extraordinarias: como la de impulsar la modernización acelerada de China, y estúpidas: una modernización que provocó una hambruna que dejó 40 millones de muertos.

El mito de la Caída significa eso: que somos de barro, que la humanidad en su inmensa pluralidad lo admite todo. Las ciencias sociales —la sociología, por ejemplo— trabajan con modelos ideales, como la economía, para que cuadren bien las teorías. Pero la humanidad es variopinta, excéntrica, repleta de excepciones. *Perplejos y descarriados* les da espacio a caníbales y a bandoleros, a tiranos y a leprosos, a traidores y a mártires, a los predicadores delirantes, a los endemoniados y a los santos, a los fanáticos, a los revolucionarios y a los reaccionarios, a los desmesurados y a los locos.

Hay ciertas constantes que privilegia Escalante Gonzalbo en esta miscelánea humana: los casos donde la

justicia se impone fuera de la ley, las historias de poderes en las sombras, los pequeños combates que se libran al interior de una gran guerra, viñetas de la humanidad degradada: venganzas, traiciones, delaciones y vilezas, actos de feroz avaricia, de inmensa esperanza, de humillaciones, mentiras y abusos. Si se mira con atención debajo de cualquier causa noble se encontrarán motivos de vergüenza. La raíz de las banderas está corrompida. No disimula Escalante su fascinación por “la sociedad que oculta su propia monstruosidad señalando al monstruo”.

*Perplejos y descarriados* despliega un museo de curiosidades y deformidades psicológicas y sociológicas. Revisa situaciones incómodas y terribles, y lo hace con humor. Por ejemplo, sobre la recurrente pasión, tan frecuente a lo largo de la historia, por hacer una enorme pira de libros y prenderle fuego, como el caso de Bernardino de Feltre, quien decía: “cada vez que alguien lee a Ovidio, crucifica de nuevo a Cristo”. Baja Escalante Gonzalbo a la Historia de su pedestal y la convierte en pequeñas historias, mezquinas, inocentes o malvadas. La verdad, dice, siempre es algo más complicado.

En estos artículos no encontrará el lector “vidas ejemplares” ni “ciudadanos eminentes”, sino existencias excepcionales. En algunas de ellas quisiera detenerme para invitarlo a encontrarse con este libro. La historia, por ejemplo, de Guénrij Yagoda, un gris funcionario al servicio de Stalin que le presentó un ambicioso plan para colonizar las extensas tierras vírgenes de la URSS. El plan consistía en el traslado forzoso de tres millones de personas al norte de Siberia. Entre los deportados, unos 6 mil fueron enviados a Názino, una región pantanosa y gélida. Sus sufrimientos fueron indecibles. No había forma de cultivar nada ahí y el gobierno central parecía haberlos olvidado. Tuvieron que recurrir al canibalismo para sobrevivir. La historia que nos cuenta

Escalante es la de un burócrata que en su oficina solitaria diseñó una utopía que terminó en el horror.

*Perplejos y descarriados* abunda en relatos de este tipo. Anécdotas que podrían figurar sin problema en la *Historia universal de la infamia*, de Borges. Historias que podrían generar decenas de novelas. Se cuenta también la historia del juicio a Dios que se celebró el 16 de enero de 1918 en un tribunal de Moscú. Se le acusó de crímenes contra la humanidad, sin derecho de apelación. Una Biblia ocupaba el banquillo de los acusados. Lunacharski presidió el tribunal. El juicio duró cinco horas. “El tribunal lo encontró culpable y lo sentenció a muerte.” Al día siguiente, al amanecer, “un pelotón de fusilamiento disparó varias ráfagas al cielo de Moscú”. Un hecho que recuerda a Jerjes, que ordenó azotar trescientas veces al mar y arrojarle grilletes. El pelotón disparando al cielo, señala Escalante Gonzalbo, “dio con la imagen acaso más característica del mundo moderno”. ¿Qué es el hombre?, nos preguntamos luego de leer este libro. Un esperpento. ~

**FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ** es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Seleccionó y prologó el libro *Gabriel Zaid en Letras Libres* (Debate, 2025).

## BIOGRAFÍA

# A la sombra del expolio

por **Andrea Martínez Baracs**



**Merilee Grindle**  
A LA SOMBRA DE  
QUETZALCÓATL. ZELIA  
NUTTALL Y LA BÚSQUEDA  
DE LAS ANTIGUAS  
CIVILIZACIONES DE  
MÉXICO  
Traducción de Emiliano  
Álvarez Pastrana y Yunuen  
Zavala de la Rosa.  
Ciudad de México, Taurus,  
2025, 532 pp.

Desde su título hay equívocos. En primer lugar, tal vez porque los instrumentos de edición actuales ponen

trampas a editores y correctores, se les fue en la propia portada un error garrafal: escribir “Nuttal” como apellido de la biografiada, cuando debe ser Nuttall.

En segundo lugar, Quetzalcóatl tiene poca presencia en la obra, por lo que citar al dios o a su sombra en el título es poco imaginativo, como también la estructura de la obra, que repite un modelo consabido para este tipo de libros ligeros de tema académico-biográfico: destacar al inicio un momento emblemático, en este caso, el intento de Nuttall de excavar en la isla de Sacrificios (donde había un mural que representaba a Quetzalcóatl), que la confrontó con el villano del libro, el mexicano Leopoldo Batres; en seguida, emprender la biografía, estofada con descripciones de los lugares que figuran (a principios del siglo xx, San Francisco, Chicago, México), amigos y soportes institucionales, algo sobre autores y teorías antropológicas o arqueológicas, y su vida familiar.

Pero lo que es problemático, y acusa desde la portada el sesgo de la obra, es aquello de la búsqueda de las antiguas civilizaciones de México. Ya estaban encontradas: Zelia Nuttall se unió a varios otros antropólogos y arqueólogos para estudiar y dar a conocer artefactos y manuscritos, y sus contribuciones fueron sustanciales. Pero la búsqueda que brota en el título y surcó la vida de Zelia Nuttall era otra: la de objetos, códices y manuscritos que Nuttall, junto con varios otros extranjeros y mexicanos, cazaba con diversos marchantes y en pueblos, excavaciones, bibliotecas y archivos, para llevárselos, casi siempre de manera oculta e ilegal, a vestir las colecciones en los Estados Unidos. Las instituciones las compraban o tenían arreglos con los proveedores.

La lógica que justificaría estas exposiciones recorre el pensamiento académico estadounidense de forma continua desde la segunda mitad del siglo xix hasta hoy día. Los esfuerzos mexicanos por organizar y defender su patrimonio eran, en esta visión,

incipientes, corruptos y grotescos. Era “casi un deber” llevarse todo lo que se pudiera. Escribió en una carta, desde Yucatán, Alfred Tozzer, profesor de Harvard:

No me interesa este negocio de contrabando, pero si los mexicanos van a hacer leyes estúpidas (para prevenir que los artefactos salgan del país) e intentar detener el crecimiento de la arqueología en el Norte, entonces no quedará otra que romperlas. Es casi un deber tomar todo lo que se pueda del país, pues cualquier cosa que permanezca va a perderse, o bien, a destruirse, y por lo tanto se perderá para la ciencia. (Carta a su familia, 1904.)

El libro de Grindle relata varios de los grandes despojos. La palabra que más utilizaban Nuttall y sus colegas para describir su modo de operar era la “discreción”. Edward Thompson, arqueólogo aficionado, llegó a Yucatán en 1885 y compró nada menos que las ruinas de Chichén Itzá. Los anticuarios estadounidenses y el Museo Colombino Field de Chicago lo financiaron y un senador de Massachusetts hizo que lo nombraran cónsul. Escribió Tozzer a su familia respecto de Thompson: “no se concentra en un solo lugar, sino que revolotea: hace un hoyo aquí, otro allá”. En 1904 Thompson comenzó a dragar el cenote sagrado de Chichén Itzá “y desenterró un extraordinario cúmulo de artefactos de oro, jade, cobre y madera, muchos de los cuales envié al Museo Peabody”. Tozzer lo ayudó a proceder con secreto y discreción.

Alrededor de la década de 1880, la poderosa y rica nación en nuestra frontera norte —con los recién adquiridos territorios fronterizos sumándose a la ya veterana solidez de las instituciones de la costa atlántica— ampliaba las universidades prestigiosas, fundaba museos, jardines botánicos, bibliotecas, y organizaba magnas exposiciones para exhibir las culturas primitivas del mundo, que contrastaban con la alta civilización de los Estados

Unidos y Europa. Eran otros tiempos. Aún era común medir cráneos y otros indicadores de “degeneración física”, así como llevar a nativos a las grandes ferias mundiales para que el público los observara en directo. Las personalidades que más apoyaron a Zelia Nuttall, que no contaba con título académico ni con filiación institucional, fueron Frederic Ward Putnam, director del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de Harvard (fundado en 1866), Phoebe Hearst, heredera de la fortuna de su marido, promotora junto con Nuttall del recién creado Departamento y Museo de Antropología de la Universidad de California en Berkeley (1901) y el ilustre Franz Boas, fundador del Departamento de Antropología de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Zelia Nuttall, estadounidense de abuela mexicana y padre irlandés, de la buena sociedad de San Francisco, compensaba su aislamiento institucional con una voluntad a toda prueba. Con una fortuna personal siempre en descenso, divorciada con una hija, logró enviar importantes artefactos a los museos. Trataba de venderse los para financiar su vida y posteriores “hallazgos”. Con sus amistades americanas promovía la consolidación institucional y la aplicación de métodos científicos para la clasificación de los objetos museísticos, y realizó estudios considerables. Los eminentes historiadores expertos en los códices mixtecos Maarten Jansen y Aurora Pérez la consideran una pionera de la arqueo-astronomía: comparó glifos en varios códices y concluyó que un rostro atravesado por dos varas en cruz tenía un significado astronómico; el antropólogo mexicano Alfonso Caso llamó al glifo en cuestión “observatorio”. Esta visión “astralística” quedó superada por la visión histórica y toponímica de Caso, pero queda la huella aun en la importante obra de Mary Elizabeth Smith, *Picture writing from Ancient Southern Mexico* (1973). El mayor

proyecto de investigación de Nuttall fue su estudio del Calendario Azteca, pero no logró concluirlo y poco quedó de él. Sin embargo, su nombre permaneció asociado al código Zouche-Nuttall, o código Nuttall: un código mixteco en forma de biombo, que entre otros temas relata la vida y genealogía de 8 Venado y proviene probablemente de Tilantongo y Teozacoalco. Llevado a Florencia por monjes dominicos, fue adquirido por un inglés que lo vendió a Robert Curzon, barón de Zouche. Terminó en el Museo Británico. En 1890 Zelia Nuttall supo de él y obtuvo del Museo Peabody su edición facsimilar, una serie de pinturas realizadas por un autor anónimo. Frederic Putnam añadió Nuttall al nombre del código. Zelia escribió para la edición, de 1902, una introducción en la que sostenía que era mexicana, un regalo de Hernán Cortés al emperador Carlos V. Alfonso Caso fue quien identificó que provenía de la Mixteca Alta.

Nuttall fue dueña —la única vivienda que poseyó— de la Casa Alvarado, en la avenida Francisco Sosa de Coyoacán, que será casi un siglo después la última morada del poeta Octavio Paz. Ahí recibía a estudiosos y artistas extranjeros. D. H. Lawrence, en la novela *La serpiente emplumada* (1926), dejó una descripción divertida y algo burlona de la mansión y el personaje, episodio del cual Guillermo Sheridan escribió una crónica igualmente divertida (“Casa vieja con veredas”, *Letras Libres*, 31 de marzo de 2009).

¿Cómo queda en esta biografía la otra parte: los mexicanos? La investigación de Grindle decae cuando se trata de México: se basa en muy pocas obras de segunda mano, escritas por estadounidenses, para repetir, vagamente, lo previsible: la dictadura de Porfirio Díaz reprimía con brutalidad; las clases adineradas, racistas, avergonzadas de su población miserable e inferior, se hacían las europeas y promovían la arqueología y su Museo Nacional para justificarse, siempre con un énfasis centralista

y nacionalista. Y se ceba con el enemigo personal de Nuttall, Leopoldo Batres, quien fungía como director de la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, institución creada en 1885. Nuttall y Grindle adoptan la leyenda negra sobre él: sin ninguna formación académica, simple marchante de antigüedades, corrupto, dinamitero de Teotihuacán —esta última, acusación infundada—: “profundamente leal al dictador, era un experto en la política clandestina, facciosa y burocrática del porfiriato”, escribe Grindle.

El Museo Nacional de México fue creado en 1825 por el presidente Guadalupe Victoria; incorporó la colección de antigüedades que dejó Maximiliano al sabio Manuel Orozco y Berra antes de irse a Querétaro. En 1887, Porfirio Díaz inauguró la Galería de Monolitos en el Museo Nacional. México contaba con Jardín Botánico, Biblioteca Nacional, Observatorio Nacional, la Academia Nacional de Artes y Ciencias, la Sociedad de Historia Natural, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Y los mexicanos no se “hacían los europeos”: la ciencia mexicana mantenía comunicación con la europea y la de la costa este de Estados Unidos de diversas maneras, y no solamente desde la Ciudad de México: la gente de ciencia de San Luis Potosí, Aguascalientes o Oaxaca tenía por su parte correspondencia con esas instituciones. Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez encabezan la lista de historiadores dedicados a rescatar y publicar las principales obras de la historia mexicana en México y el mundo. Francisco del Paso y Troncoso pasó muchos años en Europa reuniendo valiosos documentos. El propio Leopoldo Batres se formó como arqueólogo en Francia; explica el historiador Jean Meyer que el afrancesamiento de la cultura mexicana de la época puede atribuirse a la influencia de las misiones

arqueológicas francesas de la época de Napoleón III (1862-1867), en particular la Comisión Científica Francesa. Con un equipo y presupuesto limitado y un número de sitios arqueológicos descubiertos siempre en aumento, Batres debía controlar a estos prehispanistas extranjeros, que excavaban y exportaban sin permiso. Claro que había choques, Batres por ejemplo prohibió a Thompson exportar más piezas yucatecas; también quiso impedir que Alfred Maudslay explorara en Monte Albán, en represalia porque había robado piezas y dañado dinteles de Yaxchilán “al rebajarlos para reducir su peso antes de enviarlos al Museo Británico”. Zelia Nuttall se esforzó por desprestigiar a Batres y promovió su remoción, sin conseguirlo. En su esfuerzo por publicar sus hallazgos antes que los

demás, Nuttall también confrontó al propio Del Paso y Troncoso y a Eduard Seler. Este último participó de modo más constructivo en las labores arqueológicas de México: fundó junto con Franz Boas, con el apoyo de las autoridades mexicanas y con financiamiento extranjero, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana en la Ciudad de México (1911-1914).

En la segunda mitad del siglo XIX las colecciones públicas de artefactos de la antigüedad eran incipientes, en Estados Unidos y en México. De hecho comenzaron a reunirse gracias a las compras que marchantes como Batres –su abuelo tuvo un museo particular– y Nuttall –su marido era coleccionista– realizaban, muchas veces para revenderlas a esas instituciones. Conforme se consolidaron

las instituciones las adquisiciones se hicieron, si no más legales u oficiales, tal vez más cuidadosas. En consecuencia, Zelia Nuttall fue perdiendo el apoyo que había tenido de Putnam y otros directores de museos.

Grindle no es el primer autor estadounidense que, por pereza y desprecio, disminuye la obra de los mexicanos, telón de fondo que no es necesario siquiera conocer propiamente. Queda su recorrido por las actividades de personajes como Thompson, Maudslay y la propia Nuttall, para comprender mejor el origen de las hermosas colecciones arqueológicas que embellecen los museos de Estados Unidos. ~

**ANDREA MARTÍNEZ BARACS** es historiadora. Autora de *Un rebelde irlandés en la Nueva España* (Taurus, 2022). Dirige la Biblioteca Digital Mexicana.

## LIBRO DEL MES

### BIOGRAFÍA

## La formidable vida de todas y de todos

por **Ernesto Lumbreras**



**Pablo Sol Mora**  
LA SABIDURÍA DEL CORAZÓN.  
BIOGRAFÍA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE  
Ciudad de México, Debate, 2026, 592 pp.

Con la publicación de *Ramón López Velarde. Estudio biográfico* (1952) de Elena Molina Ortega dieron inicio las investigaciones sobre la trayectoria vital del poeta. Los 33 años de habitar el mundo, como si fuera un vals, entre Jerez, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Venado y Ciudad de México, ofrecieron la materia dispersa –el dato público y el misterio privado– para que futuros biógrafos compartieran sus pesquisas con el propósito común

de conocer al hombre que devendría en poeta excepcional, entre el fin de una época, un interludio convulso y el comienzo de otra etapa que apenas vislumbra.

Paralelo a estas indagaciones del personaje y sus circunstancias, la revisión crítica del legado lopezvelardeano principia con fundamentos, según mi entender, con las lecturas de Xavier Villaurrutia que culminaron en la edición de *El león y la virgen* (1942). Desde luego que existen otras fuentes literarias y cordiales que han sumado páginas y lomos a la bibliografía del zacatecano, uno de los tres autores mexicanos contemporáneos –Octavio Paz y Juan Rulfo serían los otros dos– cuyo interés ha dado lugar a un banquete de estudios críticos que no cesan de acrecentarse año con año. La aparición de *La sabiduría del corazón. Biografía de Ramón López Velarde* de Pablo Sol Mora es probatoria de un kilómetro cero y de un consenso de varias generaciones que han destacado y argumentado “el lugar” del autor de *La sangre devota*: punto de partida de la modernidad de la poesía mexicana e “ínsula extraña” de renovada incandescencia verbal sin menoscabo alguno frente a los cambios del canon y del gusto literario.

La propuesta de la biografía de Sol Mora es a dos bandas, la de la reconstrucción del periplo vital del poeta y la del ejercicio crítico de su obra. El modelo de *Sor Juana*

*Inés de la Cruz o las trampas de la fe* (1982) de Octavio Paz es, a todas luces, un ejercicio de inteligencia y rigor documental, amén de una bien templada prosa en paralelo con una revisión crítica de la escritura de la monja jerónima. Impensable que esta cúspide paceana no estuviera en las coordenadas de quien emprendería la biografía mejor documentada y provista de una voluntad analítica—lecturas anatómicas, radiográficas, psicológicas y forenses—del corpus velardeano. El antecedente de *Un corazón adicto. La vida de Ramón López Velarde* (1989) de Guillermo Sheridan dio pautas a estudios biográficos, completos y parciales de la trayectoria del jerezano, para leer sus versos y sus prosas en dos tiempos, en el de sus coordenadas históricas y en el de la tradición literaria universal, de lengua española y del ámbito mexicano. Me parece que *La sabiduría del corazón* atiende ambas sendas trayendo novedades literarias y anecdóticas—textos y pretextos que amplían la perspectiva del paisaje—, iluminando pero también complejizando etapas vitales y escriturales del biografiado, consciente de que las referencias autobiográficas no explican la obra de López Velarde, especialmente sus poemas, seres verbales que ejercen su autonomía ante cualquier lector.

Pieza cimera de las indagaciones velardeanas, este ensayo de gran aliento y calado es estímulo y guía para leer o releer al poeta, una invitación al diálogo y a la discusión sobre una figura sustantiva de nuestro imaginario cultural. Este tomo voluminoso me acompañó a lo largo de un mes sin menguar mi curiosidad. Agradezco sus hallazgos, por ejemplo, sobre las locaciones y las identidades de varios de los nombres que aparecen en poemas y prosas del entorno de Jerez: la casa solariega de los Berumen Llamas, frente a la plaza de armas, habitada por su madrina Luisa, la anfitriona del multicitado “Mi prima Águeda”; la Genoveva del piano llorón; la joven Eloísa Villalobos, “primera adivinación de mujer” del bardo; la parentela paterna y materna con sus ascensos y caídas en la rueda de la fortuna; los jardines y templos de su pueblo natal; la relación doméstica y afectiva de Josefa de los Ríos, la futura Fuensanta, con el niño y el adolescente Ramón... Paulatinamente los historiadores del poeta han despejado misterios, aclarado situaciones, corregido datos, matizado y contrastado testimonios, ampliado informes, trabajo llevado a buen puerto en las páginas de *La sabiduría del corazón*. Aunque hay vacíos y puntos ciegos, gracias a las aportaciones del libro conocemos mejor al poeta, sus andanzas cívicas y amorosas de manera relevante.

La propuesta de Pablo Sol Mora de leer *La sangre devota* como un cancionero especialmente dedicado a la dualidad Josefa de los Ríos-Fuensanta y *Zozobra* como otro inspirado en el decurso amoroso con Margarita Quijano es atractiva y sugestiva. Desde luego, la metamorfosis del primer modelo femenino tocará el más allá de la pasión vía ese momento estelar de

nuestra lírica: “El sueño de los guantes negros”. Dante y Petrarca llevaron su devoción amorosa a los reinos de ultratumba, pero la tentativa de López Velarde aportó una atmósfera singular tomada—hago mi apuesta—de la tradición popular mexicana, en especial de la gráfica de Posada y compañía, con cierta sofisticación gótica de Poe y Baudelaire. Por otra parte, en el tenor de los posibles cancioneros velardeanos queda pendiente un cruce con el “Idilio salvaje” de Manuel José Othón, un poema que más allá de sus marcadas diferencias formales tuvo en la formación del zacatecano un peso específico además de trazar algunas correspondencias entre sus discursos amorosos.

La exposición cronológica que propone *La sabiduría del corazón* facilita el conocimiento gradual de la personalidad de Ramón López Velarde, de sus estudios primarios, de su paso por el seminario, de sus años de bachiller en Aguascalientes, de su estancia potosina como estudiante de leyes. La cultura católica de las pequeñas ciudades del centro del país, en convivencia con la política liberal del régimen porfirista, fue su basamento, visión y querencia espirituales, de la que se apartaba para volver con mayor devoción a través de su escritura. Siguiendo esa ruta de fidelidades y alejamientos, Pablo Sol Mora nos lleva también, etapa tras etapa, en el proceso de la construcción de la voz lírica de López Velarde, de sus renunciaciones y aprendizajes, de sus convicciones estéticas y filosóficas, de sus filias y fobias literarias hasta alcanzar esa “altura cruce-ro” donde el poeta y su lenguaje son partes de un mismo dominio expresivo de capacidades insospechadas.

Extrañé en este ensayo las novedades velardeanas que nos reveló Ernesto Flores, en particular, sus encuentros con Margarita González, “la sobrinita” de Lagos de Moreno con la que el poeta convivió y se carteo en 1920. Tal vez, para una segunda edición también convendría tomar en cuenta las indagaciones de Alfredo Castro Escudero sobre María (Magdalena) Nevarez (Cásarez) y Josefa de los Ríos; por ejemplo, sabemos por sus pesquisas que la casa que rondaba Ramón tras los pasos de la potosina estaba en Av. de la Paz núm. 4 de San Ángel o que la jerezana estuvo en El Paso, Texas, en agosto de 1914 y que, según el reporte migratorio, medía un metro con 62 centímetros y que como señas particulares quedó anotado que la señorita tenía diversos lunares en el rostro. Uno de los capítulos penumbrosos en la biografía velardeana son las semanas posteriores a la Decena Trágica de febrero de 1913, días y días que se acumularon hasta la aparición del escritor en agosto del mismo año en San Luis Potosí. ¿Dónde estuvo? ¿Cómo logró salir de la capital dada su vinculación con el núcleo del gobierno depuesto? Además de trabajar en *La Nación*, el jerezano colaboraba en la oficina del diputado Pedro Antonio de los Santos, cercanísimo de Gustavo A. Madero; como muchos maderistas, el político potosino

pasó a la clandestinidad esperando el momento propicio para abandonar la Ciudad de México y sumarse a la lucha contra la usurpación huertista. Esta relación explica la agenda del periodismo político de López Velarde, su crítica consuetudinaria contra el doctor Rafael Cepeda, “Cepedita”, gobernador de San Luis Potosí y, también, su desaparición de la escena pública en ese periodo aciago.

Otras de las valiosas aportaciones de *La sabiduría del corazón* —abordada sin ningún prejuicio— es la exposición minuciosa del origen prostibulario de la erótica lopezvelardeana, su fuente carnal y algo más. Reconstruyendo la época y las circunstancias particulares para ejercer “el oficio más antiguo del mundo”, Pablo Sol Mora identifica y desentraña esta afición sexual y afectiva del poeta, cuestionada socialmente sobre todo en el círculo católico, entre el anatema y la hipocresía. Estos rituales de alcoba aparecen tácitamente en la poesía y en la prosa del autor de *El minuterio*, ventanas abiertas a los sentidos y a sus combinaciones sinestésicas, metáforas de la muerte y la resurrección. Coincido con el autor: “Dentro del católico había también un epicúreo.” Respecto de las enfermedades venéreas,

aludidas sin ambages por el poeta, a veces con mordacidad y casi siempre sin la menor culpa, Sol Mora ata cabos entre la escritura y la biografía, libre de morbo y especulación gratuita. La castidad de las mujeres provincianas contrasta y se complementa con el mundo de las mujeres galantes, “el perímetro jovial” de la zozobra y la revelación.

Las *Obras* de Ramón López Velarde, reunidas y presentadas por José Luis Martínez para el FCE, después de la segunda edición de 1990, reclaman una necesaria actualización. La bibliografía velardeana no ha cesado, desde entonces, de incorporar materiales valiosos como inéditos para el estudio de nuestro clásico moderno. En estos rubros califico mi lectura de *La sabiduría del corazón*, obra-delta de otros recorridos, pero también ruta personal, minuciosa y propositiva que reconstruye los 33 ciclos solares velardeanos, con las debidas demoras críticas en las estaciones meridianas de la vida y la escritura del poeta. ~

**ERNESTO LUMBRERAS** (Ahualulco de Mercado, Jalisco, 1966) es poeta y ensayista. Es autor, entre otros libros, de *Encaminador de almas* (Tedium Vitae, 2023).

LETRAS  
LIBRES

## El Salón de Gascón

Escucha el podcast  
de *Letras Libres* España

En YouTube, Spotify,  
Ivoox y Apple podcasts

[www.letraslibres.com](http://www.letraslibres.com)

